

Del Parnaso a la Cordillera. Metatextos fundacionales (1842)*

From the Parnaso to the Andes Mountains: founding metatexts (1842)

Claudia Rodríguez Monarca

Universidad Austral de Chile, Instituto de Lingüística y Literatura, Apartado Postal 567, Valdivia.
e-mail: claudiar@uach.cl

Este artículo analiza los elementos principales del funcionamiento de un sistema literario emergente, permeable a los contactos con otros sistemas y en proceso de constitución de su canonicidad: el movimiento literario de 1842 en Chile. Para ello se analizan los metatextos fundacionales, que son elementos clave para el posicionamiento y manifestación explícita e implícita de los cambios en el canon y en las identidades implicadas.

Palabras clave: metatexto fundacional, canonicidad, construcción identitaria, autorrepresentación.

This article analyses the main elements of the functioning of an emergent literary system receptive to contacts with other systems and its canon in a process of constitution: the literary movement of 1842 in Chile. Founding metatexts that are the key elements for the positioning, implicit and explicit expression of changes, both in the canon and in the implied identities.

Key words: founding metatext, canonical, identity construction, representation, self-representation.

INTRODUCCIÓN

El Parnaso ha crecido, hoy se llama Cordillera
Francisco Bilbao

La revisión bibliográfica en torno al carácter fundacional de la literatura chilena advierte que los primeros metatextos y textos literarios participan de un movimiento pendular entre lo foráneo y lo vernáculo, estrechamente vinculado a los discursos identitarios que se quieren promover o reflejar. Influencias, interferencias, traducción cultural (Even-Zohar 1999, Lambert 1999) son conceptos que se asientan y explican desde teorías sistémicas que permiten estudiar el complejo fenómeno de la literatura fundacional. En ella se observa la tensión entre distintos sistemas de preferencias (Goic 1968; Promis 1995) que oscilan entre modelos defensivos y defectivos, o que convergen en repertorios transdiscursivos (Robyns 1999), que posibilitan la migración de elementos de unas literaturas a otras, en busca de una autodefinición discursiva e identitaria. Con cada nuevo texto se privilegia, se acentúa, una determinada identidad, al tiempo que se velan otras, fenómeno ideológico que condiciona la formación del canon literario –o de uno de los cánones posibles–. Sin embargo, esta construcción conlleva la marca de la controversia, en tanto es excluyente y elitista y está relacionada con aspectos del poder cultural, de los valores que se quieren promover y de las identidades nacionales que se imaginan y proyectan.

METATEXTOS FUNDACIONALES

Mignolo (1978) define la metalengua como un proceso secundario de conceptualización en el que se expresa la norma social y el sistema de valores de una sociedad global (o de algún sector de ella) respecto de la literatura u otras artes. Los elementos de una metalengua son un sistema de creencias (estéticas, conceptuales), un conjunto de técnicas y la racionalidad que unifica estos elementos. La textualidad metaliteraria es particularmente significativa en la literatura chilena a partir de 1842, pues, como ha establecido José Promis (1995: 33-34), con esta generación y su proyecto explícito de fundar una literatura nacional, definida a partir de su diferencia con la expresión literaria española, se inicia la conciencia literaria y con ella la literatura nacional.

El metatexto para que sea fundacional (“mito adánico” dirá Hernán Vidal¹) debe llevar el germen de la irrupción, de la violencia. Según Lelia Area (2002), quien ha estudiado este fenómeno para el caso de la literatura fundacional argentina, el letrado emerge como el único ejercitante de la letra, dueño de la escritura en una sociedad analfabeta². La clase intelectual logra, de esta manera, imponer e imprimir el imaginario de la nación. Derrida (1989) sostiene que todos los Estados-naciones nacen y se fundan en la violencia. El momento de fundación es anterior a la legitimidad que él instauro y, por lo tanto, está “fuera de la ley”. En consecuencia, el propio discurso que sustenta estos procesos no está ajeno a este acto de violencia, ni tampoco a su carácter funcional y utilitario; es lo que Alfonso Reyes (1944) ha denominado “función ancilar”³ a propósito del ensayo latinoamericano.

La noción de metatexto fundacional ayuda a comprender que la cultura, en tanto campo ideológico en disputa (Bourdieu 1995; Subercaseaux 2004, para el proceso chileno), se reconoce en determinados momentos a partir de ejes o ideas matrices que generan identidades y repertorios en los procesos de emergencia que se proyectan y legitiman en largos períodos de vigencia. La toma de conciencia y el alcance real del carácter fundacional de estos textos no se da, sin embargo, sino a partir de un distanciamiento temporal que posibilita un reconocimiento identitario retroactivo (Verón 1993) o *a posteriori* (Hozven 1998).

La función del metatexto variará según el momento de su producción y el juego de redes entre los distintos factores observables del sistema literario vigente. Puede, por ejemplo, avalar, reforzar, actualizar el sistema dominante, por tanto canonizado y conservador (a este tipo de metatexto lo llamaré Promis “Memorias”); pero también el metatexto puede surgir como propuesta fundacional en la que se explicita y argumente el cambio (“la innovación”) de paradigma cultural, literario, identitario (“testimonio” en la terminología de Promis). El texto no es, entonces, reflejo de la sociedad sino proposición de una nueva identidad discursiva, la “comunidad imaginada”⁴ a la que alude Benedict Anderson (1993); se proyectan en los textos los valores a los que se aspira, negando otros.

Si bien la nación y la identidad nacional serán “realidades que se leen”, los discursos fundacionales tienen una función de *performatividad discursiva*, como lo han reconocido Moyano⁵ y Hozven: “La identidad nacional se realiza o construye de un modo performativo y no meramente constataivo de fuentes o documentos preexistentes. Emerge como un efecto o construcción de lo que se va pensando y escribiendo al hacerla y de lo que no se tenía idea antes de comenzarla” (Hozven 1998: 68).

Los textos y metatextos fundacionales, sin embargo, no gozan en su presente inmediato de prestigio, pues están alejados del sistema de preferencias vigente, y en fase de gestación; por tanto, se ubicarán al margen del sistema literario y podrán, con el tiempo, llegar a ser centro del sistema (Lotman 1996), que terminará en algunas ocasiones canonizándolos. Sin embargo, para que estos procesos de consolidación de una propuesta metatextual ocurran, es fundamental que exista una relación de necesidad entre la propuesta ideológica y las condiciones materiales de la cultura.

Lo anterior explica, por ejemplo, que el proyecto de José Victorino Lastarria, emergente y no

¹ Hernán Vidal se refiere a tres tipos de discurso que rigen ideológicamente la producción de mundos ficticios literarios: el *mito utópico*, el *mito adánico* y el *mito demoníaco*. El adánico postula que “el espíritu americano debe sufrir una catarsis total de las actitudes de carácter impuestas en el pasado para ingresar a esa utopía, concibiéndose al hombre americano como Adán que despierta a una historia del todo nueva, sin lastres mentales y por hacerse virginalmente” (2004: 235). Cf. Figueroa 2002.

² Lelia Area señala que “la violencia del letrado construye un monumento, escribe e inscribe el imaginario poético de la nación. Estos letrados impusieron su violencia letrada en el imaginario social en la medida en que todo acto de fundación implica violencia” (2002).

³ Concepto utilizado por Alfonso Reyes, quien distingue entre la literatura en pureza y la literatura ancilar. El ensayo pertenece a esta literatura ancilar, en tanto es literatura como servicio: “cuando lo literario se vierte sobre otras corrientes del espíritu, tenemos la literatura ancilar” (1944).

⁴ “Únicamente existe completa en la comunión mental de sus miembros. Su realidad es conjurada por el autor en la mente de sus lectores (...) La realidad de la nación reside, en última instancia, en la verosimilitud de esta interpretación conjuradora. Y ésta, a su vez, en la efectividad de los procedimientos retóricos convocados por la narración del texto” (Hozven 1998: 70).

⁵ “En la misma medida en que fueron desarrollando desde las primeras décadas del siglo XIX un proyecto de “Nación política” y las bases de un Estado liberal, el grupo de escritores-proyectistas de ese propio “programa nacionalizador” funda una idea y un proyecto de “Nación literaria” (Moyano 2004).

hegemónico en el momento de su formulación, no será en lo inmediato recepcionado por el público general que tiene aún otro horizonte de expectativas, pero sí se proyecta y consolida rápidamente en la elite intelectual (Andrés Bello, por ejemplo, en el Discurso de la Universidad de Chile de 1943, resalta la emergencia de un número notable de escritores que antes no existían⁶). Como ha señalado Subercaseaux “lo chileno” para un pensador y escritor como Lastarria “nace como valor o como idea antes de tener una existencia real” (2004: 10). Promis ha planteado que “José Victorino Lastarria y Salvador Sanfuentes emiten sus manifiestos adelantándose considerablemente al período de vigencia de su generación” (1995: 22), que ubica a partir de 1860, fecha de publicación de *Don Guillermo*.

Cuando al sistema literario nacional quieren sumarse nuevos sistemas emergentes, marginales o nuevos repertorios, deben los autores ingresar con metatextos, en otras palabras el sistema emergente irrumpe con metatextos, mientras que el sistema vigente responde con textos literarios. Promis señala: “Mientras los individuos que surgen tratan intelectual y afectivamente de comprobar sus teorías con discursos, los miembros de la generación dominante responden con textos literarios” (1995: 20).

La paradoja es que en el momento de emergencia de la generación del 42 no existe propiamente una literatura previa o vigente, por lo que el rol fundacional de estos autores es aún más manifiesto. Con ello queremos justificar, dentro del corpus metatextual, los metatextos *fundacionales del movimiento del 42*, cuya selección se encuentra en la antología *Testimonios y documentos de la literatura chilena*, de José Promis (1995), proposición canonizadora de discursos autorreflexivos de creadores (y no de críticos). Como ha señalado Cella, las historias de la literatura y las antologías son parte fundamental de un vasto aparato discursivo que opera en la formación de toda nación moderna a través de un canon, el cual expresa unos valores precisos referentes a una identidad común (1998:10); proceso de selección que contempla un complejo sistema de inclusiones y exclusiones y que determina, finalmente, aquello que debe permanecer dentro y lo que debe quedar fuera. Para Galindo (2006), este tipo de discursos son fundamentales para reflexionar sobre la identidad discursiva y, eventualmente, nacional en juego.

GENERACIÓN, SISTEMA LITERARIO Y CANONICIDAD

La categoría de *generación* propuesta por Goic es flexibilizada por Promis al hablar no de edad ni de año de nacimiento de los autores, sino de una “zona de fechas”; además reconoce que “el ordenamiento generacional debe ser utilizado como un instrumento para establecer una organización posible de la historia literaria y que de ninguna manera debiera considerarse como una categoría para definir la producción literaria” (2005:17). El desglose del periodo en generaciones permite visualizar las distintas fases por las que transitan (y se desplazan) los repertorios y sistemas literarios: gestación, madurez (vigencia) y ocaso (agotamiento). Podemos, a partir de ello, colegir que entre el *sistema literario*⁷ (más amplio, que permite el ingreso de nuevos repertorios y sistemas) y el canon (más restrictivo y selectivo) hay una distancia que se visualiza en tres dimensiones.

Una *distancia espacial*, entre un margen, una periferia o una frontera, y un núcleo, que puede modificarse, desplazarse, ampliarse. Como ejemplo, el núcleo de la literatura chilena fundacional es totalmente metropolitano. No existen propiamente literaturas regionales y sí emergen autores, como Camilo Henríquez, por ejemplo, que desarrollan su labor en la capital chilena.

Una *distancia cultural*, vinculada al campo del poder, inversamente proporcional a la “libertad de acción”, es decir, a los grados de restricción o de libertad creativa. Siendo el país multilingüe y multicultural, en el momento de su fundación no presenta sin embargo sino un modelo literario legitimado: el de origen europeo. En el discurso de los fundadores –Bello, Lastarria, Mora, Sanfuentes, Vallejo– no es posible imaginar otro discurso literario, cultural y social, pese a que algunos de estos mismos autores dan cuenta de la naturaleza multicultural de estos países. El debate sobre la construcción de una literatura nacional se centró en dos aspectos: a) cómo incorporar las novedades del espíritu

⁶ “¿Pudiera, sobre todo, dejar de aludir a la excitación instantánea, que ha hecho aparecer sobre nuestro horizonte esa constelación de jóvenes ingenios que cultivan con tanto ardor la poesía? Lo diré con ingenuidad: Hay incorrección en sus versos: hay cosas que una razón castigada y severa condena. Pero la corrección es la obra del estudio y de los años; ¿quién pudo esperarla de los que, en un momento de exaltación, poética y patriótica a un tiempo, se lanzaron a esa nueva arena resueltos a probar que en las almas chilenas arde también aquel fuego divino, de que por una preocupación injusta se las había creído privadas?” (Andrés Bello 1943: 28).

⁷ Entenderemos “sistema literario” desde la teoría del polisistema. Even Zohar (1990) lo define como la red de relaciones hipotetizadas entre una cierta cantidad de actividades llamadas “literarias”, y consiguientemente, esas mismas actividades observadas a través de esta red.

romántico, y b) qué contenidos y temas propios de las repúblicas nacientes era necesario y conveniente incorporar como “expresión de la sociedad”. Respecto a esto último José Victorino Lastarria señala en el “Discurso Inaugural de la Sociedad Literaria de 1842”:

Mas concretando estas observaciones a nuestro asunto ¿De qué manera podremos ser prudentes en la imitación? Preciso es aprovecharnos de las ventajas que en la civilización han adquirido otros pueblos más antiguos: ésta es la fortuna de los americanos. ¿Qué modelos literarios serán, pues, los más adecuados a nuestras circunstancias presentes? (...); debo decir que muy poco tenemos que imitar: nuestra literatura debe sernos exclusivamente propia, debe ser enteramente nacional (en Promis 1995: 86).

Comienza, a partir de 1842, una actividad productora de discursos literarios que van a legitimar los circuitos (exclusivos) de recepción. A sólo dos años del Discurso Inaugural de Lastarria se percibe consolidado el modelo que replica la élite intelectual, la *intelligentzia*. Es el caso del artículo “Sociabilidad chilena” (1844) de Francisco Bilbao, texto candente que le costó el exilio:

Si el símbolo viejo ha caído, reemplazemoslo con el espíritu aun sin forma de la filosofía. La verdad va muy adelantada en su carrera, del estado en que nos hallamos. No procuremos alejarnos, dando por carencia de la palabra nueva, la palabra vieja. Tengamos dudas, suframos, llevemos el peso de las épocas transitorias, pero no retrogrademos para descansar bajo el monumento que se desploma. Sigamos, lloremos si queréis, pero vivamos con el poco de verdad que hayamos alcanzado (Bilbao 1844).

Finalmente proponemos que existe una *distancia temporal*, ya que los metatextos fundacionales surgen en un momento instalados en la *periferia*, pero luego, y con el cambio del sistema de preferencias, logran consolidarse e ingresar al canon donde ahora tiene eco y vigencia su proposición discursiva e identitaria.

Este paso del sistema marginal al canónico se ejemplifica con el modelo de Lastarria al observar que se proyecta espacialmente (llega a ser el modelo canónico en el país y coincide con el desarrollo de los demás sistemas literarios nacionales hispanoamericanos), culturalmente (legitima un modelo entendido como exclusivo y excluyente), y temporalmente (se proyecta en el tiempo hasta fines del siglo XIX; autores como Bilbao, Blest Gana u Orrego Luco, con matices, legitiman el modelo).

CÁNONES E IDENTIDADES

La definición de una identidad nacional construida discursivamente a través de textos literarios y metatextos donde se proyectan los imaginarios culturales en el caso de Hispanoamérica en general y Chile en particular, supone considerar la relación entre *lo vernáculo* y *lo foráneo*, o lo propio y lo ajeno.

La identidad cultural latinoamericana constituye un *continuum*, en cuyos comienzos se alimenta del “proceso de transferibilidad de otras culturas”, para en una fase posterior retomar “un curso de evolución que le es propio” (García Pinto 1986). En esta misma línea encontramos a Fernando Aínsa, Saúl Yurkievich 1986, Rosalba Campra, Angel Rama, quienes sostienen que la subordinación es inevitable en un comienzo por la historia en común, constituyéndose básicamente en cultura receptora; pero que a partir de las independencias la cultura cobra un giro diferente, debiéndose emancipar del logocentrismo europeo; se torna entonces cultura “dadora” y “gestora de latinoamericanidad”, como señala Yurkievich, capaz de autoabastecerse y autogenerarse: “La literatura hispanoamericana nace así como una literatura derivada: su régimen natural es el de la hipertextualidad; su sistema de referencia el de la literatura europea (española)” (Campra 1986:112).

Ahora bien, en qué medida la ruptura, la innovación, la emancipación son totales. Rama (1982) habla de “transculturación” en que se adopta y se adapta (se apropia y se innova) la cultura dominante, previa pérdida, relativa, de la propia cultura.

Las distintas lecturas historiográficas de la realidad americana ayudan a entender los procesos que se han vivido y se han gestado desde entonces en América, cristalizados a comienzos del siglo XIX en las independencias, la consolidación de las repúblicas y la emancipación, más tardía, en el ámbito cultural y literario. Fernando Aínsa ha señalado que:

La identidad cultural de esta región, especialmente la resultante de las expresiones literarias, debe entenderse como una noción dinámica, reflejo de un proceso dialéctico permanente entre tradición y novedad, continuidad y ruptura, integración y cambio, evasión y arraigo, apertura hacia otras culturas y repliegue aislacionista y defensivo sobre sí misma, dinámica que se traduce en un doble movimiento: el centrípeto nacionalista y el centrífugo universalista. Estos movimientos marcan la historia cultural de América Latina y por lo tanto de su identidad (1986: 37).

Esta expresión de lo americano legitima la identidad no sólo al operar desde la alteridad, sino desde la mismidad. Es decir, lo uno no sólo distinto al otro, sino como el otro.

Trasladando esta reflexión al ámbito nacional chileno, y en el caso particular de los metatextos, Carrasco (2001, 2005) enfatiza el carácter plural y ambivalente de los textos autorreflexivos desde la generación de 1842 y propone la existencia de tres orientaciones identitarias diferentes: la nacionalista, la universalista o internacionalista, y la interculturalista o híbrida. Lo anterior permite concluir que “La evaluación de esta variedad de posiciones frente a la literatura y la sociedad chilena permite percibir una metaliteratura plural, ambivalente, fácilmente influenciada por tendencias, modelos y sucesos extranjeros, contradictoria en su afán por mantenerse autónoma y estable” (20).

Señala el autor que el movimiento pendular oscila entre una búsqueda endógena de lo propio (el criollismo, el realismo, el costumbrismo, la tradición), y una actitud de aprecio y aceptación de lo extranjero, expresada como la búsqueda del mundo exterior o ajeno (el cosmopolitismo, el universalismo, la modernidad, la vanguardia).

CONSTRUCCIÓN IDENTITARIA

Una identidad nacional, ha señalado Larraín, “no sólo va cambiando y construyéndose, sino que va creando versiones plurales sobre su propia realidad” (2001: 10). Los condicionantes para que esta construcción se cristalice y opere como instrumento de legitimación ideológica, son: a) un momento de crisis, por tanto de mayor propensión a la reflexión (alternados por periodos de expansión); b) una élite intelectual, la “intelligentzia” a la que hace alusión Subercaseaux, es decir, un segmento activo en la elaboración simbólica, precursora y provocadora de cambios (2004: 9); y, finalmente, c) una práctica y discursividad literarias a través de textos y metatextos performativos en los que se trasvasija el discurso identitario, que toma cuerpo de diversas maneras y deviene acto constitutivo de la identidad en el proceso propio de su enunciación en ese esfuerzo por articular discursos nacionales con intenciones de constituir imaginarios culturales de identidad (Moyano 2005).

IDENTIDADES EN METATEXTOS FUNDACIONALES DE 1842

La sociedad de Chile tiene fondo y superficie como el mar: en el primero están aconchadas todas las heces de la colonia espaciosa; en la superficie aparece un barniz a la moderna, que le da un color tornasol e incierto, pero que participa mucho del color francés.

José Victorino Lastarria “El manuscrito del Diablo. La sociedad”, 1941

Al analizar el Discurso Inaugural de Lastarria o el prólogo al “Campanario”, de Salvador Sanfuentes, se pueden revisar las identidades, tanto desde la autorrepresentación (cómo se ven a sí mismos), como desde la representación de la alteridad (cómo ven al otro). Proponemos que estas identidades operan en los metatextos por medio de cuatro mecanismos de representación: identidades en relieve (explícitas e implícitas) e identidades negadas (negativas y veladas).

LA AUTORREPRESENTACIÓN

En el proceso de autorrepresentación del yo y del nosotros los autores fundacionales chilenos ponen en evidencia la necesidad de legitimación. Así, reconocemos dos identidades en relieve:

1. *Identidad explícita*: aparece en el texto y está validada en su selección. En el caso del movimiento del 42 la identidad explícita es la republicana liberal, que se proyecta con los siguientes atributos o rasgos identitarios de autorrepresentación: romántica, ilustrada, progresista, socialista utópica. Veamos un ejemplo en que se conjuguen algunas de ellas.

En José Victorino Lastarria: “Porque, señores, no debemos pensar sólo en nosotros mismos, quédese el egoísmo para esos hombres menguados que todo lo sacrifican a sus pasiones y preocupaciones: nosotros debemos pensar en sacrificarnos por la utilidad de la patria” (1995 82).

En Salvador Sanfuentes encontramos en el prólogo a “El Campanario”, de 1842, la visión política del romanticismo social y las enseñanzas de Andrés Bello sobre la emancipación mental:

¿No somos libres hoy día?
¿No hemos hecho mil pedazos
los ignominiosos lazos
de la hispana monarquía? (...)

Pues ¿por qué en literatura
sufrimos un yugo exótico,
y ese vestigio despótico
entre nosotros aún dura?

¡Vamos, vamos! que es en suma
preciso ser consecuentes;
y hacernos independientes
con la espada y con la pluma (en Promis 1995: 98-99)

En Francisco Bilbao también se observa el desprendimiento de la herencia europea, principalmente española:

¿Qué diremos entonces de los que siguen a los imitadores de Byron? A juicio nuestro, una de las pruebas literarias de nuestro atraso fue la popularidad de que gozó Zorrilla (que) aturdió con su *ruido* a la juventud americana. Olores, colores, piedras, brujos, duendes, cuentos de viejos de una sociedad vieja, idealización de errores y de monstruosidades de la patria de la Inquisición, tal fue el fondo y la forma que tanto se aplaudió. Felizmente todo eso pasó y murió por sí solo, muerte de inanición (...) ya la poesía americana se desprende de las incrustaciones del Escorial y de la Alhambra para iniciarse en el templo de la América" (en Promis 1995: 102).

Al igual que Lastarria, Sanfuentes y Bilbao afirman la creencia en la utopía de la libertad absoluta y se la proclama, pero no se puede olvidar que su pensamiento es de origen europeo y también sus modelos literarios, lo que relativiza su postura. Esta ambivalencia se constituirá en un rasgo común a muchos pensadores y escritores chilenos.

2. *Identidad implícita*: está presupuesta por el sistema literario. Esta identidad tácitamente oligárquica, cuyos atributos son: dominante, aristocrática, jerárquica, excluyente, homogénea, no aparece tematizada explícitamente en los textos sino está presente en el sujeto que produce, en el consumidor, en la institución que difunde y avala para y desde ese estrato social (la élite intelectual). Esta identidad compartida se explica porque se trata de una élite intelectual reducida a un circuito socialmente homogéneo que se reconoce como parte del segmento dominante del campo cultural. Es lo excluido de la autorrepresentación y, de algún modo, la presencia de la alteridad hispánica en la propia identidad. Años más tarde Jacinto Chacón, uno de los integrantes del grupo, lo explica de esta manera en una carta dirigida a Domingo Amunátegui en 1893: "Parece que la juventud más distinguida de la capital se hubiese dado cita a ese centro de estudio. Moralidad, desinterés, rectitud y pasión por las letras, las ciencias y las artes, distinguían a esa juventud".

Jacinto Chacón, "Una carta sobre los hombres de 1842".
Julio 18 de 1893".

Los críticos también han advertido el carácter exclusivo y excluyente de la homogeneidad identitaria promovida por los intelectuales de esta época:

La polémica neoclásicos-románticos fue, como he dicho más de una vez, una típica discusión de familia, i. e., un debate dentro de una clase social que era la exclusiva propietaria de las letras y la educación: los hijos discreparon de los padres en una primera demostración de ruptura generacional que la civilización burguesa había aportado al mundo occidental como un mecanismo identificado con su dinámica y su progreso. En la América hispana de la primera mitad del siglo XIX se trataba de una familia minoritaria, casi un cogollito que vivía en el centro de las "ciudades letradas" que le habían legado los conquistadores españoles que habían impuesto el centralismo aristocrático de los cultos (Rama 1985: 73).

LA REPRESENTACIÓN DE LA ALTERIDAD

El sistema de representación del otro es eminentemente negativo en la medida en que se articula un

esfuerzo de autoafirmación de una identidad imaginada y hegemónica. Es posible reconocer dos identidades negadas que no entran en el sistema de preferencias vigente ni en las proposiciones emergentes (de la comunidad imaginada):

1. *Identidades negativas*: la hispánico-monárquica, representativa de la colonia. Por ejemplo, señalará Lastarria: “Durante la Colonia no cayó jamás la luz de la civilización en nuestro suelo”, “Los felipes, tan funestos a la humanidad como a la civilización por su brutal y absurdo despotismo” (1995: 83).

En una dimensión negativa matizada aparece la identidad popular o pueblo, pues se le representa en contraste con la identidad explícita de la clase dominante (y revela la dimensión implícita), al adjetivarla como vicioso, ignorante, al que hay que instruir y edificar moralmente, por medio de las luces de la cultura y la literatura. Hernán Vidal propone que para la clase intelectual “El pueblo satanizado y encanallado debía ser redimido por una élite de intelectuales que lo educará en los principios cristianos de la democracia” (2004, 249).

2. *Identidades veladas o ausentes*. Al respecto es importante destacar la casi nula presencia de la identidad indígena. La ciudad letrada excluye, además, la identidad femenina, recluida al espacio privado en las clases dominantes y al trabajo y servicio doméstico en el bajo pueblo, como han destacado Eltit y Brito (1996). Por tanto, esta representación patriarcal impide una verdadera descolonización de las relaciones sociales en el imaginario nacional del siglo XIX.

CONCLUSIONES

La ideología de origen liberal progresista conformó una actitud fundacional de la literatura en las primeras generaciones románticas. El “Discurso Inaugural” de Lastarria estableció las líneas generales de lo que debía ser la literatura chilena de ahí en adelante, su utilidad histórica, su sentido patriótico, la manera de escribir y la responsabilidad social del escritor. Esta actitud fundacional es posible en la medida en que el campo cultural requiere de un proceso de independización en consonancia con la búsqueda de independencia política. Sin embargo, a pesar del extraordinario gesto que significaron los manifiestos fundacionales de la generación del 42, su producción literaria fue menor. La generación del repertorio permitirá, no obstante, que varios años más tarde se consolide una vertiente realista con Blest Gana, como su mejor representante.

Respecto a la “construcción identitaria” el problema es extraordinariamente complejo, dado que las identidades discursivas construidas ofrecen un repertorio relativamente restringido y estereotipado, ya desde lo que se afirma (liberales progresistas), como desde lo que se niega (conservadores), como desde lo que se vela (el pueblo). La publicación de *Don Guillermo*, de Lastarria, es una auténtica aplicación de este programa.

Respecto al “canon homogéneo” frente a los sistemas literarios en proceso de canonicidad, con el distanciamiento epocal que nos sitúa a más de 150 años de esos postulados, podemos señalar que frente a la literatura homogénea que instaura el canon fundacional de la literatura chilena, deviene la ampliación de repertorios y la asunción de otros sistemas literarios que no han sido considerados ni incorporados en el corpus que hasta ahora regía la clase dominante. Con el tiempo se considerarán otros proyectos literarios, representativos y autorrepresentativos de otros sectores. La aceptación de ellos pasa primero por la revisión y superación de las categorías que determinan los rasgos de la unidad (excluyente, monopolizadora y hegemónica) de la literatura nacional, redactada en tierra latinoamericana y escrita en español culto por autores que son y se sienten tributarios de la cultura y el legado europeo.

BIBLIOGRAFÍA

- Aínsa, Fernando. 1986. “Hacia un nuevo universalismo. El ejemplo de la narrativa del siglo XX”. *Identidad cultural de Iberoamérica en su literatura*. Madrid: Alambra. 36-46.
- Area, Lelia. 2002. “Travesía por la biblioteca de una nación ‘naciente’” *Ciberletras. Revista de crítica literaria y de cultura* 8. Diciembre de 2002. Lehman College, CUNY y Yale University.
- Anderson, Benedict. 1993. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Arias, Arturo. 2004. “La literariedad, la problemática étnica y la articulación de discursos nacionales en Centroamérica”. *Revista Istmo* 8. Revista virtual de estudios literarios y culturales centroamericanos. Enero-junio 2004.
- Bello, Andrés. 1981. “Discurso de instalación de la Universidad de Chile”, en *Andrés Bello 1781-1981*. Santiago:

- Universitaria, 9-29.
- Bilbao, Francisco. 1844. "Sociabilidad Chilena". *El Crepúsculo*. Periódico literario y científico. Nº 2, Tomo 2. Santiago, 1 de junio de 1844: 59-90.
- Bilbao, Francisco. 1995. "Un ángel y un demonio" (1857). En Promis *Testimonios y documentos de la literatura chilena*. Santiago, Chile: Andrés Bello. 100-104.
- Bourdieu, Pierre. 1995. *Las reglas del arte: Génesis y estructura del campo literario*. Barcelona: Anagrama.
- Campra, Rosalba. 1986. "Intertextual - intratextual: el sistema de la narrativa hispanoamericana". *Identidad cultural de Iberoamérica en su literatura*. Madrid: Alambra. 111-120.
- Carrasco, Iván. 2001. "Pluralidad y ambivalencia en la metatextualidad literaria chilena". *Estudios Filológicos* 36: 9-20.
- Carrasco, Iván. 2005. "Literatura chilena: canonización e identidades". *Estudios Filológicos* 40: 29-48
- Cella, Susana. 1998. "Canon y otras cuestiones". *Dominios de la literatura. Acerca del canon*. Buenos Aires: Losada. 7-16.
- Chacón, Jacinto. 1924. "Carta sobre los hombres de 1842: Señor Don Domingo Amunátegui: Valparaíso julio 18 de 1893". *Atenea* 203: 193-201.
- Derrida, J. 1989. "Firma, acontecimiento, contexto". *Márgenes de la filosofía*. Madrid: Cátedra.
- Eltit, Diamela - Brito, Eugenia. 1996. "Poderes, Imaginarios, Textualidades". *Trilogías* 25, volumen 16.
- Even-Zohar. 1999. "Factores y dependencias en la cultura". *Teoría de los polisistemas*. Madrid: Arco Libros. 23-53.
- Figuroa, Ana. 2002. "La escritura de la ciudad para el establecimiento de la nación, y la generación de mitos históricos en el movimiento literario de 1842: Bello, Lastarria, Sarmiento". *Estudios Filológicos* 37: 211-224.
- García Pinto, Magdalena. 1986. "La identidad cultural de la vanguardia en Latinoamérica". *Identidad cultural de Iberoamérica en su literatura*. Madrid: Alambra. 102-120.
- Galindo, Oscar. 2006. "Antologías e identidades en la poesía chilena hasta mediados del siglo XX". *Estudios Filológicos* 41: 81-94.
- Goic, Cedomil. 1968. *La novela chilena: los mitos degradados*. Santiago: Universitaria.
- Hozven, Roberto. 1998. "El ensayo hispanoamericano y sus alegorías". *Revista Universum* 13: 61-81.
- Lambert, José. 1999. "Literatura, Traducción y (des)colonización". *Teoría de los polisistemas*. Madrid: Arco Libros. 257-281.
- Larraín, Jorge. 2001. *Identidad Chilena*. Santiago: LOM.
- Lastarria, José Victorino. 1941. "El manuscrito del Diablo. La sociedad". *Lastarria*. Santiago: Ercilla.
- Lastarria, José Victorino. 1995. "Discurso Inaugural de la Sociedad Literaria" (1842). En Promis *Testimonios y documentos de la literatura chilena*. Santiago, Chile: Andrés Bello. 80-93.
- Lotman, Iuri. 1996. *La Semiosfera I. Semiótica de la Cultura y del Texto*. Madrid: Cátedra.
- Mignolo, Walter. 1978. *Elementos para una teoría del texto literario*. Barcelona: Crítica.
- Moyano, Marisa. 2004. "La performatividad en los discursos fundacionales de la literatura nacional. La instauración de la 'identidad' y los 'huecos discursivos' de la memoria". *Espéculo. Revista electrónica de estudios literarios* 27. Julio - octubre 2004. Año IX.
- Moyano, Marisa. 2005. "Los conceptos de "Nación" y los discursos fundacionales de la literatura nacional: La paradoja instituyente y la historia de una carencia". *Espéculo. Revista de estudios literarios*. 30 julio-octubre 2005. Año X.
- Muñoz, Luis y Oelker, Dieter. 1993. *Diccionario de movimientos y grupos literarios chilenos*. Concepción: Ediciones Universidad de Concepción.
- Poderti, Alicia. 1999. "La Nación imaginada. Trayectos ideológicos y ficcionales en el espacio andino. *Anales Nº 2 Ciudadanía y nación*. Instituto Iberoamericano: Universidad de Goteborg: 107-122.
- Promis, José. 1995. *Testimonios y documentos de la literatura chilena*. Santiago, Chile: Andrés Bello.
- Rama, Angel. 1982. *Tranculturación narrativa en América Latina*. México: Siglo XXI.
- Rama, Angel. 1985. *La crítica de la cultura en América Latina*. Caracas: Ayacucho.
- Reyes, Alfonso. 1944. *El deslinde. Prolegómenos a la teoría literaria*. México: Colegio de México.
- Robyns, Cleam. 1999. "Traducción e identidad discursiva". *Teoría de los polisistemas*. Madrid: Arco Libros. 281-312.
- Sanfuentes, Salvador. 1995. "Prólogo" El Campanario (de 1842). En Promis *Testimonios y documentos de la literatura chilena*. Santiago, Chile: Andrés Bello. 97-99.
- Subercaseaux, Bernardo. 2004. *Historia de las ideas y de la cultura en Chile. Tomo III. El centenario y las vanguardias*. Santiago de Chile: Universitaria.
- Verón, Eliseo. 1993. *La semiosis social*. Barcelona: Gedisa.
- Vidal, Hernán. 2004. *La literatura en la historia de las emancipaciones latinoamericanas*. Santiago de Chile:

Mosquito Comunicaciones.

Yurkievich, Saúl. 1986. "Sobre la identidad cultural y sus representaciones literarias". *Identidad cultural de Iberoamérica en su literatura*. Madrid: Alambra. 3-8.